

## Walter Benjamín: Conversación con André Gide

### Segunda y última parte

Volvemos sobre Proust. Gide esboza la ya clásica descripción de la habitación del enfermo, su patrimonio sombrío, aislado de todo ruido por paredes de corcho; hasta sus postigos estaban acolchados. Recibía a contadas visitas desde su cama sin elástico, cubierto de papellitos llenos de correcciones que releía constantemente. *bien plus que Balzac*. Gide lo recuerda con suprema admiración. "No tuve contacto con su gente, hecha de mera vanidad. Creo que Proust dejó de expresar muchas cosas, dejó muchos capullos sin eclosionar. En sus últimos escritos hay una mirada irónica sobre la moral y la religión que resulta imperceptible en los primeros". Aún más: Gide considera que la ironía, incluso una velada ambigüedad del ser proustiano, es el fundamento de su técnica compositiva. "Se habla de Proust como el gran psicólogo. Por cierto que lo es. Pero cuando se considera cómo desenvuelve con arte la alteración de sus principales figuras a lo largo de sus vidas, quizá se percibe la unidad: cada personaje, hasta el infimo, está trabajado a partir de unos modelos. Pero el modelo no es siempre el mismo. Para Charlus, por ejemplo, al menos tuvo dos, pues el Charlus de la última época responde a un modelo muy distinto del orgulloso de la primera época". Gide habla de una sobreimpresión, de un fondu. Igualmente, en una película, una persona se convierte de pronto en otra.

Después de una pausa, dice Gide: "He venido por una conferencia, pero la vida berlinesa no me da tregua. Tendré que volver otra vez con mayor calma. Ahora quisiera decirle algo acerca de mi relación con la lengua alemana. Después de un largo, intenso y excluyente trabajo con el alemán —en mis años de amistad con Pierre Louis leíamos juntos el segundo Fausto—, abandoné las lecturas alemanas durante diez años. El inglés ocupó toda mi atención. El año pasado, en el Congo, volví a leer un libro en alemán: *Las afinidades electivas*. Me produjo una notable impresión. Tras diez años de abandono, podía leer en alemán mejor que antes. No creo que se deba al parentesco entre el inglés y el alemán. Cuando he tenido conflictos con mi lengua materna, me he ahincado en el estudio de una extranjera. Lo importante no es lo que se aprende, sino alejarse de lo propio. Se acaba por entenderlo mejor". Gide cita una frase del viajero Bougainville: "Cuando dejamos la isla, la bautizamos Isla de la Salvación". Y comenta con una maravillosa apostilla: "Sólo nombramos algo cuando lo abandonamos".

"Si he influido algo en la generación que me sigue" continúa Gide "es en el interés de los franceses por

países y lenguas extranjeros, allí donde antes había indiferencia e indolencia. Si, por ejemplo, se lee el *Voyage de Sparte* de Maurice Barrès, se advierte lo que acabo de decirle: Barrès ve a Francia en Esparta y lo que no es Francia, no lo ve, no quiere verlo". Con esto llegamos a uno de los temas favoritos de Gide: Barrès. Su crítica de Les Déraclinés de Barrès, aparecida hace treinta años, fue más que un agudo rechazo de esta epopeya telúrica. Fue la magistral lectura de un hombre saturado de nacionalismo que advierte en lo francés un campo de tensiones europeas, un lugar donde ocurre la historia europea, de las diversas familias europeas.

Acerca de Los desarraigados, Gide hace una broma basada en las ciencias naturales. "Barrès debió aprender mejor la botánica. El árbol crece hacia lo alto, hacia fuera, hacia la lejanía buscando el aire libre. Es una pena que el escritor no supiera nada de esta verdad científica". Ante mí está sentado el hombre que alguna vez escribió: "Sólo quiero tener que ver con la naturaleza. Un carro de verduras contiene más verdad que el más bello período de Cicerón". El escritor insiste en este tipo de figuras. "Antes le hablé de Proust, de sus capullos sin eclosionar. Soy distinto. Quiero que todo lo que me corresponde salga a la luz y alcance una forma. Esto quizá tenga sus consecuencias. Mi obra tiene algo de un matarral en el que no ha sido fácil trazar caminos. Esto me preocupa. Sólo escribo para ser releído. Cuento con la época de mi muerte. Primero, la muerte fue la figura que impulsaba hacia la obra. Luego, esta unidad se volvió irreconocible. En ningún caso fue fácil. Sé que hay escritores que desde el principio intentan limitarse, ser estrictos. Un hombre como Jules Renard, por ejemplo, no se despiega sino que recorta sus impulsos sin volver sobre ellos. Y no es poco. ¿Conoce usted sus diarios? Un documento de los más interesantes... Pero puede llegar a ser grotesco. Mi caso es muy distinto. Recuerdo lo penoso que fue mi primer encuentro con los libros de Stendhal, cuánto de hostil había en ese mundo para mí. Luego llegué a apasionarme por todo lo que Stendhal podía enseñarme". Gide llegó a ser un gran aprendiz. Quizá, observado de cerca, se lo deba a sus influencias extranjeras y a su rechazo por todo demencial encierro. Las influencias pueden ser tempranas o tardías. Es importante, en las lecturas de lenguas extranjeras, observar la técnica del escritor. En este sentido, hay pocos autores que puedan enseñarnos mejor que Gide. "Sigo las distintas direcciones que tomo desde el comienzo y me encamino hacia el espacio exterior, con la misma decisión, aunque advierta que se me oponen". Esta fundamental denegación del dorado punto medio, esta vocación por los extremos, no es otra cosa que una dialéctica, no como método de un intelecto, sino como aliento vital y pasión de este hombre. Me parece que Gide no me contradiría si le dijera que en ello reside el fundamento de

tantos malentendidos y tantas enemistades. "Vale también respecto a mis libros, donde sólo yo puedo retratarme y desplegarme en tan diversas figuras que a veces merecen el comentario de que su autor es un hombre sin carácter, utubeante, indeciso".

Integrar es la pasión intelectual y productiva de Gide. Su creciente interés por la "naturaleza" —como dirección vital de la madurez en diversas proporciones— significa en él: también en sus extremos el mundo es totalidad, salud, naturaleza. Y lo que impulsaba hacia los extremos no es curiosidad ni deseo apologetico sino visión dialéctica.

De este hombre se puede decir que es un "poeta de los casos excepcionales". Comenta Gide: "Desde luego, pero ¿por qué? Todos los días encontramos relaciones y caracteres que se salen del curso normal en su desnuda existencia. Un gran número de nuestras decisiones, cotidianas o extraordinarias, exceden a nuestras costumbres morales. Por ello es necesario tenerlas en cuenta, sin cobardía y sin cinismo". Cuando Gide se ocupó de estos temas en novelas como *Les faux monnayeurs* o en textos autobiográficos como *Si le grain ne meurt* o en distintos ensayos, sus enemigos sólo vieron en ellos un gesto de cinismo que reconciliaba a los esnobes y los filisteos. Lo que les molesta no es la inmoralidad sino la dignidad. Pero Gide no hace gala en su conversación de la malicia y la soberana ironía que exhibe en Prométhé mal enchainé, *Nouritures terrestres* o *Les caves du Vatican* y que le procuró tantas rupturas. Es, como ha dicho Willy Hass hace poco, la última consecuencia de Pascal. En la línea de los moralistas franceses, la que se prolonga con la Bruyère, la Rochefoucauld, Vauvenargues, aunque nadie resulte tan influyente como Pascal. Un hombre que en el siglo XVII no podría ser definido con la terminología clínica de hoy: un caso particular, un enfermo. Justamente por ello, tanto Pascal como Gide figuran entre los grandes educadores de Francia. Para el alemán independiente, excéntrico, diferente, será siempre el modelo y la figura magistral, el que provee de una conformación y una teoría, como hoy Hofmannsthal y Borchardt intentan hacerlo. Los franceses, un pueblo rico en diversos caracteres, fuertes en sus virtudes nacionales y literarias, precario en cuanto sociedad estandarizada, ofrecen un gran caso de excepción, de lucidez moral, de alta instancia educativa, que es André Gide. Ese rostro, en el cual el gran escritor más se oculta que se traiciona, vuelve su frente amenazante y maiciza, indomitable, con la indiferencia moral y la frivolidad.

Aparecido en Die literarische Welt, no. 7, año 1928.  
Traducción: Blass Matamoros.

